

Luis López de Mesa

Escribe: JORGE CARDENAS GARCIA

La muerte del profesor Luis López de Mesa, que enluta a la patria por la pérdida de quien supo hacer del estudio un culto y del trabajo intelectual un quehacer serio y responsable, a diferencia del vanidoso afán de notoriedad, fundado en la creencia de que por el solo hecho de llenar unas cuantas cuartillas se llega a ser escritor, me obliga a pensar lo que representa en la ciencia y en las letras el autor de *El libro de los apólogos* y de *Cómo se ha formado la nación colombiana*.

Si discurrió por los dominios de la historia, la sociología, la lingüística, la novela, la filosofía, no fue ni un novelista, ni un historiógrafo, ni un sociólogo, ni un filósofo en su auténtica significación, sino más bien un explorador y un curioso del saber, pero un curioso y un explorador que buscaba sin desvelo el filón de donde pudieran desprenderse los materiales para una construcción más o menos duradera del hombre y del pueblo de Colombia.

En un estilo espontáneo o deliberadamente culterano, que no ha sido nunca el estilo de los pesquisadores de la verdad científica o de la perfección formal, quiso López de Mesa plasmar en diversas y hasta contradictorias facetas una realidad que por eso mismo, es decir, por la oscuridad y confusión en el concepto y en sus modos de expresarlo, se le tornaba a veces esquiva y difícil de encontrar en el laberinto del idioma que forjó para su uso exclusivo y por la fragilidad unitaria de su esquema intelectual.

Pero cuando se decidía por la sencillez y cedía a los imperativos de la claridad y la concisión, acuñó frases que por su exactitud y su deslumbrante efectismo serían sabias sentencias, si de sentencias pudiera hablarse en el terreno móvil y cambiante del acontecer social. Atento observador de nuestra enrevesada topografía y del espectáculo que ofrece un territorio cubierto en más de la mitad de pantanos y bosques casi impenetrables y donde las tierras planas se hallan ocupadas por ganados de razas cuyos productos son casi inaccesibles al consumo de las clases populares, en tanto que la población campesina de pequeños labriegos ocupa en densas concentraciones lomas y laderas impropias para una agricultura mecanizada y de mejores rendimientos, dijo que constituíamos una "civilización de

vertiente", compendiando en tan afortunada síntesis lo que habría podido escribirse en densos tratados de análisis y enfoques independientes y parciales.

En cambio, no tuvo la misma suerte la afirmación de que somos "una potencia moral", con lo cual quiso exaltar posiblemente nuestra fidelidad a los convenios y tratados internacionales suscritos por nuestros diplomáticos y de que se enorgullece todo país culto, ya que la aseveración, fuera de un ámbito tan circunscrito, no corresponde a la conducta de quienes en sus relaciones privadas y de otra índole van muchas veces desde la anticristiana indiferencia ante el insólito contraste entre el pauperismo y la opulencia hasta las transgresiones de la legalidad.

Si no siempre nos convencían las conclusiones de sus indagaciones sociológicas —como cuando respondiendo a una encuesta de la Unión Panamericana acerca de las clases medias del continente las definió según la intensidad con que satisfacían las necesidades de alimentación, vestido, arte, diversión, educación, religiosidad, trabajo y sexo, sosteniendo que las tres últimas se colmaban por debajo del "mínimo apetecible" en los más bajos estratos sociales, y defendía asimismo la peregrina tesis de que con el desenvolvimiento del progreso apenas subsistiría una gran clase media, ensanchada a expensas de las demás— respecto a nuestras peculiaridades psicológicas tuvo aciertos que no podríamos negar.

Que nuestros combatientes entraban a las guerras con el título de generales y que nuestros sedicentes políticos ingresan a la vida pública con la investidura de senadores, es algo que demuestra inmadurez civil y democrática, tal vez causa inequívoca de las crisis que nos han puesto al borde del abismo en más de una etapa de la historia. Como los tahures, confiamos a la suerte y al azar el éxito de nuestras aspiraciones y excepcionalmente al esfuerzo coordinado y tenaz a la previsión y a la espera que impulsan y morigeran la acción de quienes tienen conciencia de sus posibilidades y de las conveniencias de la nación, de la comarca y del partido, sin olvidar los deberes y los intereses inherentes al papel histórico y moral de las generaciones que no se resignan al definitivo frustramiento.

Estas y otras veleidades que entrevió y reprobó López de Mesa, quien para no sentir el frío y los vértigos de la altura condenó los ascensos súbitos y las arriesgadas impacencias de los aprendices de alpinistas, no fueron ajenas a su pensamiento ni a sus lecciones y a su permanente vocación de predicador laico que forja su propia norma con prescindencia de la rutina de las reglas de la comunidad, haciendo de su vida y de su obra un ejemplo de probidad mental que lo ensalzaba más que todo fútil intento de originalidad.

Sabía que toda moda es pasajera, lo mismo en la indumentaria que en las expresiones del arte y en los rumbos de la filosofía, y más si se han estudiado las leyes del cambio social impuestas por las últimas fases del desarrollo industrial y técnico, y por eso que no diera importancia a los dogmas y a las verdades tocadas de eternidad, en que, según López de Mesa, se atrincheraba don Miguel Antonio Caro, que por desoír el dolor y la angustia de un pueblo fue espectador y primer actor del drama de su

propio gobierno. El dogmatismo y la soberbia no fueron nunca divinidades tutelares de ningún eximio estadista y menos si un calor de humanidad no hace más plástica y flexible la geometría espiritual de ciertos imperterritos conductores de masas.

Con palabras más acres pero coloreadas con idéntica intención, escribía sobre Caro la cortante pluma de Vargas Vila en un momento de dolorosas recriminaciones, que para él un adverbio tenía más valor que un hombre y que las víctimas de su gobierno conocieron el triste consuelo de ser fusiladas bajo el rigor de todas las leyes gramaticales.

López de Mesa, que por sus condiciones de intelectual puro, si aún subsisten en la sociología de la cultura ligeras huellas de este raro espécimen, conocía perfectamente los límites de la autovaloración, y por eso no se mortificó jamás por las críticas injustas que se le formularon en su larga y fecunda tarea de escritor y de polígrafo, y sonreía impávido ante la proliferación inocente o perversa del chiste con que el ingenio juguetero o resentido pretende disolver los más sólidos prestigios personales y las iniciativas mejor meditadas en todo orden de cosas, y que él había considerado como un gracioso y cortés escape de la inteligencia para no ir al fondo de ningún problema, contentándose con rozarlo en sus contornos.

Recuerdo que en una ocasión en que hacía la travesía del río Magdalena en un barco de la Naviera Colombiana, que se dirigía de Salgar a Barranquilla y en el que viajaba el doctor López de Mesa, cuyo itinerario no iba más allá de Puerto Berrío, comentando un artículo del maestro Sanín Cano, publicado en "Lecturas Dominicales" de "El Tiempo", me dijo: "No niego que necesito muchas páginas para desarrollar una sola idea, pero no hay que olvidar que determinadas ideas requieren de volúmenes y volúmenes para exponerlas y explicarlas, sin que siempre lo hayan logrado sus autores. ¿Qué hizo Darwin con el principio del evolucionismo, y Kant con su criticismo del conocimiento?".

Sanín Cano había dicho que López de Mesa era una especie de filósofo alemán que se valía de unos cuantos tomos para presentar una idea, pero si nada tenía de modesto el parangón con aquellos exponentes de la inteligencia europea si se tiene en cuenta la categoría casi religiosa que asignaba López de Mesa a la función de pensar y el respeto que le inspiraban quienes participaban en ella, no se advierte en la comparación ningún asomo de engreimiento y osadía.

No fue ajeno a ninguna manifestación de la cultura y no fue tímido al honrar con unciosa reverencia la memoria de los creadores de la patria y al regocijarse con la consagración de los contemporáneos en la política, las artes y las letras. No compartía la cicatería del elogio cuando el verdor de los laureles coronaba la torre de los homenajes, y así lo vimos rendir en el teatro Colón de Bogotá un espléndido tributo de admiración a Germán Pardo García en una presentación que cobró dimensiones de apoteosis.

Ministro de Relaciones Exteriores de la administración Eduardo Santos, concluyó con patriótico decoro el secular litigio de límites con Venezuela, y en el recinto de numerosas conferencias internacionales dio a conocer el atlas de una América nueva, inspirada en la conciencia de la so-

lidad latinoamericana. Como ministro de Educación durante el gobierno de Alfonso López, a través de la Biblioteca de Cultura Aldeana mostró a propios y a extraños los más acentuados lineamientos de nuestra perspectiva histórica y literaria.

En la Rectoría de la Universidad Nacional no fue un tímido y silencioso burócrata sino el decidido revisor de una tabla de valores que nada o muy poco dirían a la juventud de hoy. La reforma universitaria iniciada desde 1910 en el Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia, reunido en Caracas y a que asistió con el fervor indeclinable de quienes se sienten personeros de una gran misión, fue el anticipo de las declaraciones argentinas de Córdoba, y desde entonces los estudiosos de la enseñanza superior renunciaron a convertirse en los sumisos y pasivos oyentes del catedrático, siquiera fuese el más ilustre y docto, para buscar hombro a hombro con él, las verdades de que parecían ser únicos depositarios unos pocos elegidos. Tanto se confió en aquellos días en la libertad del estudiante, que nadie llegó a dudar de que concurriría a clase, no por el temor de figurar en la lista de los ausentes, sino por la noble aspiración de aprender, y por eso Baldomero Sanín Cano no vaciló en escribir que las universidades no tardarían en asemejarse a los museos, abiertos a la curiosidad de los visitantes espontáneos.

Las preocupaciones que embargaban al rector López de Mesa no se contraían a los cálculos presupuestales para nombrar empleados inútiles y facilitar el cabal cumplimiento de la Ley de Parkinson, ni a las adquisiciones de máquinas y equipos de oficinas de último modelo, ya que orientaba su tarea a pensar en la misión de la universidad y en la manera de adaptarla a la realización de una vasta empresa de reconstrucción nacional, sin que la obsesión de la técnica restara expansión a la crítica y al pensamiento creador.

Así, puestos los ojos en el hombre como responsable de su propio destino para vivir con arreglo a un medio que enriquezca su individualidad dentro de una sociedad justa, me imagino a Nicolás Murray Butler en la presidencia de la Universidad de Columbia en Nueva York, a Jean Sarrailh en la Universidad de París, a Unamuno en su entrañable Salamanca, a Antonio Caso y José Vasconcelos en la Universidad Autónoma de Méjico.

López de Mesa valía más escuchado que leído, y si el título de profesor con que solía honrarse, debíase menos a sus actividades en la cátedra, profesadas esporádicamente, que a su pasión por difundir de viva voz las disciplinas que atraían su curiosidad, era fácilmente comprensible que la palabra fuera el vehículo más adecuado para traducir sus inquietudes. Y si no se entusiasmaba con la altisonancia tribunicia, ni tampoco con hablar a medias a sus circunstantes o pronunciando frases anodinas por el temor de comprometer sus opiniones, y asumiendo posturas de Buda silencioso y grave, tan caras a las medianías en trance de celebridad, era la conferencia el género oratorio que mejor reflejaba su personalidad intelectual.

Persuadido de que el arte del conferenciante no se reduce a leer con fastidiosa monotonía un texto escrito ni a espetar con ínfulas de improvisación un discurso largamente ensayado ante el espejo, interesaba a su auditorio por el modo de presentar el tema y por su maestría en el manejo del tono menor y de un léxico que se ajustaba en este caso a los conceptos no siempre fáciles de aprisionar en la urdimbre de un lenguaje sencillo y transparente.

Situado por las prescripciones de una severa higiene mental a prudente distancia de los titiriteros de la politiquería y de los prestidigitadores de las ideas, y tan abstraído en especulaciones ilusorias que aspiraba a convertir en realizaciones al servicio de sus gentes para elevarlas a positivos niveles de prosperidad y nobleza de sentimiento y de conducta, la estampa magra y nerviosa de Luis López de Mesa deja en su pueblo y en su época el recuerdo de un hombre que quiso conducirlo por caminos más iluminados. Inmerso en el mundo en que un nuevo humanismo vuelve a descubrirnos el norte que había cesado de señalar la brújula de los modernos tecnólogos emprendió el viaje sin regreso, encendido en la fe de los ideales que fueron la razón de su existencia.